

# VISLUMBRES DEL LAGO DE SANABRIA

Agustín García Calvo



## HISTORIAS FICTICIAS Y REALES DE UN SINGULAR PAISAJE DE ZAMORA

*Ahora, con este otoño manso, tal vez puedas dejarte perder, en un descuido, por las breñas de Sanabria, y de pronto, al asomar por una cresta, ver allá en su cuenca, desnuda de hombres, áspera de robles y de brezos y de helechos, el lago aparentemente sereno, preguntándose al cielo: «¿qué son esas cosas que pasan?», y el cielo preguntándole a su vez: «¿qué pasa por ahí abajo?».*

Pues érase que se era que aquí no había lago, que era la villa de Valverde (o Villaverde —que casi no me acuerdo) de Lucerna, con sus talleres de espalar y tejer el lino y con más quizás de 300 cabezas de vacada; hasta que aquella víspera de fiesta que estaban las mujeres amasando y metiendo al horno de cada cual los panes y las tortas, entró por el pueblo, arrastrando su capa roja desgarrada, el joven peregrino hambriento, y pidió una pella de masa en un horno, y no le dieron, y en otro tampoco, ni en otro ni en el otro, y así hasta el cabo de la villa, que era la choza del campanero, donde se compadecieron las mujeres y le dieron el panecillo; que él, en besándolo, le dijo al campanero: «Unce el par de bueyes a la carreta, arranca de la torre una de las campanas y cárgala con tus enseres, y vais ya subiendo arriba hasta la cresta antes que la noche caiga». Dicho y hecho; y el peregrino (que era en verdad Cristo resucitado) hincó en el suelo su cayado diciendo: «Aquí finco mi bastón: aquí salga un gargallón», y al momento el agua a borbollones se puso a llenar el valle y anegó en pocas horas todo el pueblo, hasta que quedó, sereno, el Lago; y la campana que se hundía le decía a la otra: «Tu te vas Verdosa, yo me quedo Bamba, y en vida del mundo seré yo sacada». Que es por lo que en la noche más corta del año los que tienen la cía limpia pueden oír como tañe del hondo del Lago la campana.

## LEYENDA Y REALIDAD

Así es, más o menos, como de varias bocas de pueblos de Sanabria lo recogió Luis Cortés (bendita sea su memoria) cuando, de estudiante en Salamanca, hace 50 años, se fue a meter por aquellos montes, tan retirados entonces del mundo todavía, a rastrear voces y costumbres populares. Y él mismo luego, como fino y honesto investigador, vio bien que el nombre de Lucerna era el de una de las ciudades, fantásticas, pero no tan fantásticos sus nombres, que las crónicas y cantares de gesta franceses contaban entre las muchas que en España habría tomado Carlomagno; y que seguramente no había estado aquella Lucerna en el Lago de Sanabria, sino en otro situado, mas propiamente, en las rutas del camino de Santiago; y que lo que debió pasar fue que al venir los cistercienses a establecerse en el monasterio de San Martín de Castañeda en la ladera del Lago de Sanabria (ahí puedes verlo en pie todavía casi de milagro), alguno de los monjes sacó de los libros la leyenda y la hizo injertarse en este lago.

Así sería; pero tales son los avatares de las leyendas, que, así como unas veces pasan de las bocas innumerables de la gente a quedar fijas en literatura, así también otras veces vuelven, como ésta, a salirse de las letras y cobrar nuevamente vida en las voces y memorias de la gente. No es tan fatal el dominio de las letras sobre el pueblo, ni tan inviolables los límites (¿no está en «leyenda» el verbo leer al cabo?) entre la vida y la Literatura. Y, después de todo, ¿qué es eso de «leyenda» o «mito», que tanto se distinga de la Realidad de los historiadores y de la Ciencia?



## LITERATURA Y VIDA

Más aún: años antes de que cayéramos nosotros por Salamanca, al otro lado de la Guerra Civil, en 1930, don Miguel de Unamuno se lanzó, en una de sus incursiones, por las sierras de Sanabria (entre sus fieles acompañantes andaría mi padre, a buen seguro) y allí descubrió el Lago, y de tal modo quedó prendido a su

memoria que en Valverde de Lucerna hubo de situar la historia de *San Manuel Bueno mártir*, del cura que en guerra con la pérdida de su fe agonizaba, y al frente del libro puso aquellos versos en que, entre recuerdos de los monjes de San Bernardo y del fiel consejero del rey don Pedro, Men Rodríguez de Sanabria, evoca aquel «espejo de soledades. El lago recoge edades de antes del hombre, y se queda soñando en la santa calma del cielo.» Y también eso era leyenda, y también era vida esa literatura: una vez, unos cuantos, en Zamora, de muchachos, pasamos la noche de Tinieblas de Jueves a Viernes Santo leyendo a turnos el libro de San Manuel Bueno.

Y más aún: años después de las incursiones de Unamuno y de Cortés, allá por los años 50, cuando ya el Progreso se cernía sobre el Lago, y en las lagunas de por cima de sus sierras se habían montado saltos hidroeléctricos, sucedió que el pueblecito de Ribadelago, que estaba (y está, si es que es el mismo) a ras del agua, a la entrada en el lago del río Tera, una noche, al derrumbarse de aquellos embalses alguna presa, de pronto quedó anegado en una tromba de agua, arrastrado el pueblo, con los más de los vecinos soñando en sus camastros, a hundirse en el Lago y el misterio de sus honduras (que Santiago Moreno, uno de los que leían conmigo el libro de Unamuno en la vigilia de los días santos, se hizo abogado notorio defendiendo durante años las reclamaciones de los sobrevivientes del desastre), de manera que la leyenda del Lago se había venido a hacer al cabo, a la manera moderna, Realidad. Y ¡cómo de mal le perdono al que yo era por entonces no haber escrito, en otra épica, la noche del desastre de Ribadelago, confundíendola con la del de Valverde de Lucerna!

Y más todavía, en fin: que más tarde, avanzando ya hacia el Régimen de Bienestar que hoy padecemos, ha sufrido Sanabria, rincón alejado del mundo tantos siglos, otra inundación, que es la del turismo, ese deporte y negocio, que lleva masas de individuos personales, a mirar (que es algo que se hace), a nunca ver (que es algo que le pasa a uno), y —ya sabes— a pisar mapa y a llenar el fin de semana o el mes de vacaciones.

Pero acaso, a pesar de todo, tú, con este invierno manso, puedas aún dejarte perder por aquellas breñas y asomar, en un descuido, a descubrir, de pronto, allá en su cuenca, el Lago, preguntándole al cielo y el cielo a él, y tal vez oigas, por lo bajo, un eco de la campana Bamba tañendo desde lo hondo.